

# Chesterton

Por PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

CINCO eran, en los años precursores de la Guerra Grande, los directores de la vida literaria de Inglaterra en sus corrientes centrales: Kipling, Shaw, Wells, Belloc, Chesterton. Representaban la demolición de la era victoriana, estrecha, metódica, satisfecha de sí misma en los mediocres, pero descontenta, rebelde, clamorosa de libertad en los justos. Con la desaparición de la era victoriana, representaban el comienzo de la era nueva, del nuevo siglo, en que la rebelión se organizaba, se hacía poder, enderezaba la orientación de las masas cultas y medio cultas. La guerra, al fin, barrió el polvo y la sombra del siglo XIX.

Kipling fue, de los cinco, el único victoriano en teoría y el primero en perder influencia: tardó vocero del imperialismo, en quien el sentido humano sabía hacer generosa traición al mezquino programa. Su culto del coraje entraba dentro de las ilusiones literarias de comienzos del siglo XX; pero la guerra dispó el espejismo de gloria de "la vida peligrosa". Wells, Shaw, Belloc, Chesterton se hicieron habituales para Inglaterra, se le convirtieron en atmósfera; atmósfera cálida, donde ya no había peligro en desnudarse, ni siquiera sexualmente, como los personajes de Joyce y de Lawrence.

Belloc, de puro atmosférico, resulta invisible para gran parte de la multitud; pero todo su nitrógeno se vuelve visible fertilidad, volumen corpulento y explosivo en su discípulo Chesterton. Belloc, fiel a su origen francés: sobriedad, exigente precisión, claridad penetrante. Poca carne de popularidad. Chesterton, inglés torrencial, como aquellos de los buenos tiempos ya lejanos. Esta alianza sorprendente—el Chester Belloc, se le ha llamado—da a Inglaterra esenciales enseñanzas. No la ha convencido de sus tesis constructivas—la investigación fundamental en religión, con desembocadura en la ruta católica, la utopía del distributismo, con propiedad en pequeño y trabajo en gremios, al buen estilo medieval—; pero la ha ayudado a revisar su historia, su política, su economía.

En su crítica de la organización económica de la sociedad moderna, Belloc y Chesterton coinciden con Shaw y con Wells. "El horrible misticismo del dinero"... "El sistema capitalista consiste en dejar a la mayoría de la gente sin capital. Lo que llamamos capitalismo debería llamarse proletarianismo"... "El sistema industrial ha fracasado"... "La civilización industrial no es más que una calamidad de humo: como humo nos ahoga, como humo se desvanecerá". Son frases de Chesterton, esparcidas en treinta años.

En la historia, Belloc y Chesterton se hallan entre los renovadores que obligan a los ingleses a

echar abajo toda la arbitraria construcción del siglo XIX. Inglaterra había sido clasificada autotariamente entre las naciones típicamente germánicas: en realidad es una de las naciones típicamente mezcladas. Había "razas" destinadas al éxito, el dios del siglo; las había destinadas al fracaso: la "raza latina", por ejemplo, o la "raza céltica". Y veinticinco siglos de historia se explican así: "breves" triunfos de Roma; triunfos de Italia, Francia, España, merced a la sangre bárbara que las rejuveneció (¡el mito de la sangre!). El inglés tenía éxito; era, por lo tanto, germánico. ¿Qué mucho, si se pretendía que los griegos eran germánicos de origen? La historia inglesa en la pluma de los escritores victorianos, sufrió extrañas torsiones para probar la tesis teutónica. Inglaterra estuvo poblada por celtas; durante más de cuatro siglos fue romana. Había que deshacerse de los celtas, latinizados; según Green, según Freeman, los teutones invasores del siglo V limpiaron a Inglaterra de celtas, matándolos o haciéndolos huir al país de Gales. Para eso había que suponer enormes movimientos de población: los teutones habrían tenido que atravesar el Mar del Norte, no en pequeños grupos de piratas, sino en masas innumerables, a bordo de barcos como los trasatlánticos modernos. Y el aniquilamiento y destierro de los celtas—mera suposición—no va de acuerdo con las costumbres de aquella época, en que los enemigos se entendían fácilmente después de la victoria y convivían sin esfuerzo.

No terminaban allí las dificultades para los historiadores victorianos. En 1066 sobreviene la conquista francesa; Francia e Inglaterra quedan íntimamente unidas; el francés se convierte en el idioma oficial de los ingleses: perdura todavía el escudo de sus reyes y en la voz de apertura de sus tribunales. Cuando en el siglo XVI emerge de nuevo y adquiere carácter oficial el inglés hablado, más de la mitad de su vocabulario es francés. Pero había que reducir a polvo, en los libros, esta nueva romanización de Inglaterra: había que mantener la ilusión de la pureza de la raza, la pureza teutónica del inglés. No resultó difícil: la conquista francesa lleva el nombre popular de conquista normanda, porque el jefe era Duque de Normandía. Sus tropas no eran puramente normandas, ni con mucho; Guillermo llevaba consigo muchedumbre de picardos y angevinos. Después de la conquista, franceses de toda Francia, hasta provenzales, se establecían en Inglaterra como en provincia de su propio país. Pero normandos habían de ser para los escritores victorianos, y los normandos, afirmaban, eran teutones... ¿Cómo? ¿Teutones los burgueses de Ruán y de El Havre, teutón Corneille, teutón Flaubert? No, esos no... ¿Pero cuáles? Los del siglo XI, solamente los del siglo XI. "Los piratas escandinavos habían descendido sobre la costa normanda y la habían poblado". Naturalmente, los piratas escandinavos eran sólo pequeños grupos de guerreros, que ni siquiera llegaron a imponer su lengua, que adoptaron la francesa, la de los habitantes con quienes se mezclaron, a cuya civilización se acogieron. Pero

los historiadores no se arredraban: si los hechos no les dan la razón, tanto peor para los hechos. Los conquistadores del siglo XI eran normandos y los normandos eran teutones. La pureza de raza se había salvado. La que había salido muy maltrecha era la lógica. Pero—dirá Shaw—¿qué tienen que ver los ingleses con la lógica!

Con argumentación constante, en libros sistemáticos como la "Breve historia de Inglaterra", o en ensayos breves, hasta en novelas y cuentos como "El escándalo del padre Brown", Chesterton sostuvo la base latina, romana y romántica, de la cultura inglesa: nada tienen que ver en el problema los "elementos étnicos" en que se apoyan los escritores victorianos, con su mística de razas, ingenuamente adoptada como teoría científica. La cultura es espíritu y no es sangre. ¿Cómo buscar los orígenes de la cultura de Inglaterra en la rudimentaria vida espiritual de los antiguos labradores y marinos nórdicos, aunque se les reconozca en parte como antecesores étnicos y lingüísticos, si lo mejor de su caudal—religión, ciencia, artes, viajes—viene del Mediterráneo? Hasta las libertades modernas, hasta las instituciones representativas, a las que se atribuía origen germánico, hallan su tradición en el Sur: Belloc, entre otros, demuestra que surgen precisamente donde menos existe la influencia nórdica; florecen alrededor de los Pirineos, y en la vertiente española aun más que en la vertiente francesa.

La herencia del Mediterráneo viene de la antigüedad, que no necesita defensores, y de la Edad Media, que los requiere todavía. Chesterton, no se cansó nunca de esclarecer nociones oscuras sobre la Edad Media; época de fe robusta pero no estrecha, de acción y de canción, de trabajo creador y de creación bajo disciplina. Investigando las fuentes de la cultura inglesa, descubría a Roma, la Roma pagana y la Roma cristiana, como la montaña de donde bajan las aguas a todo Occidente; de allí salió Julio César para latinizar; de allí el apóstol Agustín para cristianizar a Inglaterra, disolviendo el paganismo septentrional de los invasores del siglo V. Pero ¿la ruptura de Inglaterra con Roma en el siglo XVI? Chesterton no podía dejar de sumergirse en el problema. El estudio del sistema dogmático del catolicismo lo llevó, paso a paso, a la convicción de que sólo en Roma se encontraba la solución para las contradicciones internas del sistema anglicano. Y tomó el camino de Newman. Primero fue la convicción intelectual; después (1922) el acto ritual de la conversión. Pero desde mucho antes los libros, los ensayos, la declaraban: "Ortodoxia", es de 1908.

\*\*\*

Belloc ha sido el principal maestro de Chesterton en su interpretación de la historia y probablemente uno de sus incitadores en la investigación religiosa; pero su principal maestro en la retórica de la argumentación ha sido Bernard Shaw, a quien admiraba y quería, con quien discutía perpetuamente en público y privado. El mejor libro sobre Shaw es el suyo. De Shaw aprendió el arte

de sacudir de su torpor mental al inglés medio, dando aire de paradoja humorística a razonamientos normales, a veces obvios: Perogrullo se vuelve paradójico y le demuestra al lector que, a pesar de cuanto se diga en contrario, la tierra gira alrededor del sol. El acobardado lector no atina a pensar que, en realidad, él nunca había dicho otra cosa. Pero no sólo verdades sabidas defendió Chesterton: gran destructor de prejuicios, peleó por las verdades secuestradas y ocultas.

Tuvo la pasión de la lógica; es capaz de mostrarse inquieto observando a los que se hallan a punto de penetrar en el catolicismo de modo accidental y no por evolución natural de su pensamiento, (v. el ensayo sobre "El escéptico como crítico"). En la iglesia de Roma admiraba la tradición filosófica que mantiene los derechos de la razón, frente a la fe irracionalista de las iglesias septentrionales. Pero la pasión no es la virtud; la lógica de Chesterton flaquea en cada ocasión en que se deja seducir por analogías, por imágenes. La lógica de Shaw es más rigurosa: se extravía sólo cuando cede a obsesiones. Para compensar su rigor falible, la prosa de Chesterton tiene centelleos y reverberaciones, delicias de truculencia y hallazgos de poesía.

\*\*\*

Este lógico apasionado era poeta, es decir, creador. A la poesía formal, a la "poesía en verso", se dedicaba con el aire caballeresco de quien tiene muchos combates que pelear y poco tiempo para las artes pacíficas. Pero se ponía en los versos, como en todo, en la plenitud de su singularidad. Toda su energía resuena en los redobles de *La batalla de Lepanto*. Hay raras excelencias en su poesía: no hay nada de académico.

Con la actitud caballeresca con que se dedicaba a la poesía se dedicó igualmente al cuento y a la novela. Como nunca tuvo tolerancia para los frutos de la vanidad, de la soberbia que vive de buscar pretextos de desdén contra el prójimo, se reía de las casillas literarias, y tomó afición a una de las formas desdeñadas, la que de las manos temblorosas de Poe cayó en las firmes de los comerciantes en palabras: el cuento policial. Al "detective" que interviene en la investigación de crímenes con el aire de condescendencia de Brummel, lo sustituyó con el padre Brown, en quien el don de rastrear el mal es como imprevisible ornamento de una naturaleza hecha de fuertes y humildes virtudes. Y dentro del esquematismo de ajedrez, usual en esta manera de cuentos, puso hondura humana, ingenio humorístico, perspectivas amplias de cultura.

La tarea que escogió para sí, para expresión constante de su vida, fue la del ensayista. Este hombre abundoso, opulento, diestro en la novela como en la poesía, en la historia como en la crítica, (su "Era victoriana" es de los libros que se releen con fruición), se ciñó a la obligación modesta de escribir con regularidad para los periódicos ensayos breves sobre asuntos del momento. En esta labor de aspecto efímero produjo muchas páginas

de calidad permanente, con momentos de expresión, perfecta como una medalla. No escatimaba nada en sus ensayos: era su batalla perenne, en que todos los días jugaba su vida, toda su vida espiritual, y en que las derrotas no eran menos brillantes que las victorias.

(De "La Nación". Buenos Aires).

## La Danza

P o r P A U L V A L E R Y

*Conferencia dada en la Université des Annales, de París.*

ANTES de que la Argentina se apodere de vosotros, capturandoos en la esfera de vida lúcida y apasionada que va a formarnos su arte; antes de que ella muestre y demuestre lo que un arte de origen popular, producto de la sensibilidad de una raza ardiente, puede llegar a ser cuando la inteligencia se apodera de él, y le convierte en recurso de soberana expresión e invención, tendréis que resignaros a escuchar algunos consejos que sobre la danza va a desenvolver un hombre que no sabe danzar.

Aplazaréis un poco el momento del encanto, y os diréis que yo mismo no experimento menos impaciencia que vosotros por dejarme cautivar.

\* \* \*

Entrando desde luego en mis ideas, os diré sin preparación que la danza, en mi concepto, no se concreta únicamente a ser un ejercicio, un entretenimiento, un arte ornamental o un juego de sociedad como otro cualquiera; la danza es cosa seria y, en ciertos aspectos, muy venerable cosa. Todas las épocas que han sabido entender el cuerpo humano, o que han experimentado, por lo menos, el sentimiento de su misteriosa organización, de sus límites, de las combinaciones de energía y de sensibilidad que el cuerpo contiene, han cultivado y venerado a la danza.

Que la danza es un arte fundamental, lo sugieren y lo evidencian su propia universalidad, su antigüedad sin límites, los solemnes usos que de ella se han hecho y las ideas y las reflexiones que en todas las épocas ha engendrado. Y es que la danza es un arte derivado de la vida misma, puesto que consiste en una acción de conjunto del cuerpo humano, pero una acción transportada a tal mundo, a tal especie de *espacio-tiempo* que no es ya, enteramente el de la vida práctica.

El hombre se dió cuenta de que poseía más vigor, más actividad y mayores posibilidades en las articulaciones y en los músculos, de los que necesita para subvenir a las necesidades de su existencia y descubrió que algunos de esos movimien-

tos le procuraban, ya por su frecuencia, su continuidad o su amplitud, un placer que solía llegar hasta una especie de embriaguez, tan intensa a veces, que sólo un acabamiento total de sus fuerzas, una especie de éxtasis de agotamiento, podría interrumpir su delirio, su exultante gasto motriz.

Tenemos, pues, los hombres, para nuestras necesidades, demasiado poder. Todos podréis observar fácilmente que la mayoría, la inmensa mayoría de nuestros sentidos nos son inútiles, se quedan sin empleo, no desempeñan ningún papel en el funcionamiento de los órganos esenciales para la conservación de la vida. Miramos y escuchamos demasiadas cosas de las que no podemos servirnos, de las que nada podemos hacer... Y tal está ocurriendo, en este mismo instante, con las palabras de un conferencista.

\* \* \*

Y la misma observación tenemos que hacer respecto a nuestras posibilidades de acción: podemos ejecutar una infinidad de actos que carecen de toda probabilidad de ser empleados en las operaciones indispensables o importantes de la vida. Podemos trazar un círculo, mover los músculos de nuestra cara, marchar cadenciosamente; y todo esto, que ha permitido crear la geometría, el teatro o la milicia, es acción inútil en sí, inútil al funcionamiento vital.

De aquí que los medios de relación con la vida—nuestros sentidos, nuestros miembros articulados, las imágenes y los signos que mandan nuestros actos, y la distribución de nuestras energías, que coordinan los movimientos de nuestro automatismo—podrían muy bien no ser empleados, sino en servicio de nuestras necesidades fisiológicas, y concretarse a actuar sobre el medio en que vivimos, o a defendernos contra él, de tal manera que su único negocio consistiese en la conservación de nuestras existencias.

Podríamos no llevar sino una vida estrictamente ocupada en los cuidados de nuestra máquina vital, perfectamente indiferentes e insensibles a todo lo que no interviene en los ciclos de transformación que componen nuestro funcionamiento orgánico. Y no sentiríamos entonces, ni tampoco realizaríamos, sino lo estrictamente necesario: no haríamos nada que no fuese una reacción estricta, una respuesta unida siempre a determinado influjo exterior—pues nuestros actos útiles son todos limitados y, además, pasan de un estado a otro.

Ved cómo los animales parecen no advertir nada, ni hacer nada que sea inútil. El ojo del perro ve los astros, sin duda; pero el ser de este perro no extrae ninguna consecuencia de tal espectáculo. El oído del perro percibe un ruido, que le hace erguirse y lo inquieta, pero no extrae de este rumor sino lo que estrictamente necesita para reaccionar con una acción inmediata y monótona. No se recrea jamás en la percepción. La vaca, en su pradera, cuando, allí cerca, el expreso Calais-Mediterráneo pasa con gran estrépito, salta... y el tren sigue su marcha; y ya ninguna idea del